



XVI

AYER volví á visitar á Esteban por la claraboya y los Agraneros, en veinte minutos. Hacía un poco de viento; á Dios gracias no tuve que habérmelas con la repisa de hierro. Llegué á las diez y me retiré á las doce y media. Me sentía á la vez asustado y contento; me asustan el bullicioso ardor de su carácter y los esfuerzos que ha de costarme templar su fogosidad, pero voy contento y maravillado de su fácil y vivo talento, de la vivacidad de su imaginación y de la flexibilidad completamente esclava de su feliz natural. Seguramente, la triste y árida existencia durante dos años hubiera quebrantado los resortes de un alma menos templada que la suya; la elasticidad y el vigor de su temperamento le han salvado. He llegado á tiempo, por lo visto; me ha confesado que la idea del suicidio le preocupaba desde su malhadada escapatoria castigada con quince horas de encierro.

— Mi primer ensayo no tuvo buen éxito — me decía — pero estaba decidido á empezar de nuevo; había tentado el vado y hubiera pasado el río.

Me aprestaré á cortar la conversación. Él tampoco esta-

ba de humor para insistir en tan lúgubre propósito. ¡Qué felicidad parecía causarle mi presencia! ¡qué sencilla alegría se pintaba en su semblante, y qué expresivas eran sus miradas!

Al principio nos hemos ocupado del lenguaje de los signos. Nada pasaba inadvertido á su ávida inteligencia; si de algo se quejaba, era de la lentitud de mis lecciones.

—He comprendido! He comprendido! exclamaba; pasemos á otra, pasemos á otra, que no soy tonto.

Por mi honor que no tenía idea de semejante presteza de concepción.

—Los eslavos aprenden con facilidad, le he dicho, y con la misma olvidan.

Para probarme lo contrario me ha contestado por signos, con bastante perfección:

— ¡Sois un impertinente!

Yo estaba confundido. Luégo de repente:

—Cuénteme algo de su vida ese hombre extraordinario, me ha dicho con una gravedad que me ha sorprendido.

—Yo no soy extraordinario, ni poco ni mucho, le he contestado.

—Y yo afirmo, ha respondido, que la humanidad se compone de tiranos, de lacayos, y de un solo y único Gilberto.

—No digáis eso, los Gilbertos abundan.

—No hay más que uno! solo uno! ha exclamado con tal fuego y energía que me han encantado.

Yo le he dejado hablar y no me pesa que por de pronto vea en mí un sér excepcional, porque bueno es que me tenga respeto. Para satisfacerle le he contado la historia de mi juventud. Esta vez me ha echado en cara mi brevedad y que no me haya entretenido en pormenores. Como no cesaba en sus preguntas:

—No agotemos hoy esta materia! le he dicho. Lo mejor está en el fondo del cesto.

— ¿Será que os veis obligado á ocultarme algo?

—No, pero os confieso que no gusto de hablar de mí mucho rato; me canso pronto.

— ¡Pues qué! me ha dicho en tono de reproche, ¿no estamos aquí para ocuparnos sin cesar de ti, de mí, de nosotros?

—Sin duda, esta será nuestra ocupación predilecta, mas hay que hablar de todo, para que sea más divertido.

— ¿De todo? ¿y de qué?

—De algo que no sea nosotros.

— ¿Y qué me importa el resto?

—Quien tiene el talento de olvidarse de sí mismo, acaba por hallar algo de sí mismo en las cosas que le parecen más extrañas á su sér: percibe que el hombre está emparentado con todo el universo, y que hasta los astros son de su familia; descubre secretas conformidades entre su alma y la naturaleza, entre las leyes de su pensamiento y las plantas, los elementos y todas las formas de la vida universal; se convence de que el mundo y él han sido hechos uno para otro y modelados por la misma mano, y aprendiendo á conocerse mejor á sí propio, mientras lo estudia, repite gozoso la frase de un sabio: «El espíritu del hombre es el espíritu de lo que es.»

—Discurso tan bello es por todo extremo superior á mi inteligencia; pero sé muy bien, que ese logogrifo se aviene mal con el admirable programa de la amistad que me expusisteis el otro día. «Un verdadero amigo, deciais, se ocupa sin cesar de su amigo; vive con él, en él y por él.»

—Lejos de retraerme de mi programa, lo completo... ¡Amarse en Dios! Es una máxima que el padre Alejo ha debido repetiros más de una vez. Yo la traduzco de esta manera: Pensar juntos, gozar juntos del universo, adorar juntos el mismo ideal.

—Según eso, jamás seré el amigo en quien soñáis, por-

que no pienso, gozo muy poco del universo, y en cuanto al ideal ni sé cuál es ni me importa mucho.

— ¡Bah! nadie puede decir: de esta agua no beberé. Cuando el lirio haya echado flor... Entre tanto, ¿no estimáis como uno de los mayores placeres que puedan gozar dos amigos, el viajar juntos? ¿Y qué son los viajes á pié ó á caballo comparados con los que pueden hacer arrebatados por sus alas, dos almas estrechamente unidas que vuelan de consuno por el reino de las ideas!

Permaneció algunos momentos silencioso, y luégo me dijo:

— El dueño de este castillo está en lo cierto cuando os califica de ideólogo... ¡Las ideas! ¡Las ideas! nunca me he tratado con ellas, y os advierto también que tengo la cabeza tan vacía como una cáscara de nuez roída por los ratones.

— Pero en fin; á veces trabajáis, leéis, estudiáis...

— En la Martinica, el padre Alejo se ocupaba cada día tres horas en darme lección. Me enseñaba historia y geografía, y con otras sandeces del mismo género, los inconcebibles méritos y perfecciones sobrehumanas de su eterno Panselinos. Las disertaciones de ese maestro espiritual me divertían muy poco, como podéis figuraros, y me enfurecía al ver que su enfadosa verbosidad se me incrustara á pesar mío en la memoria, que es la más tenaz del mundo.

— ¿Y continúa sus lecciones?

— Desde nuestro regreso á Europa, mi padre le encargó que no me enseñara más que el catecismo. Era, según decía, el único estudio de que es capaz mi torpe entendimiento.

— Según eso, de tres años á esta parte habéis pasado vuestros días en la más completa inacción.

— No por cierto; he estado siempre ocupado, desde la mañana á la noche.

— ¿En qué?

— En sentarme, levantarme, volverme á sentar, pasearme á lo largo y al través de mi aposento, embobarme con las cornejas, contar las junturas de esas baldosas, las tejas del tejadillo, contemplando la repisa de hierro y la gárgola que la sostiene, mirando correr las nubes por los aéreos espacios, y luégo acostarme ahí, en ese hueco de pared, permanecer impasible en él con los ojos cerrados, cavilando con el enigma de mi destino, preguntándome qué puedo haberle hecho á Dios para que me castigue tan cruelmente, recordando mis pasadas penas, saboreando de antemano mis sufrimientos venideros, llorando y soñando, soñando y llorando, hasta que rendido de fatiga, de cansancio, de extenuación, acabo por dormirme, ó bien, exasperado por el mal humor, bajo corriendo al cuarto de Iván, y allí exhalo á mi sabor todo mi desprecio, mi furor, y mi desesperación.

Estas palabras, pronunciadas en un tono que dejaba traslucir toda la amargura de su alma, me causaron gran pesar. Estremeciame al pensar en aquella juventud desamparada cuyas penas se agitaban incesantemente con la soledad y el ocio, en aquella alma abandonada sin defensa á sus sombríos pensamientos, en aquel pobre corazón acurrucado y encarnizado consigo mismo como sobre una presa, devorándose, y abriendo de nuevo sus heridas y envenándolas como si sintiera en ello un placer, sin que jamás el estudio y el trabajo acudieran á arrancarle por un momento á su monótono suplicio. ¡Oh! conde Kostia, qué refinado es vuestro odio!

— Lo que me extraña, le dije, es que, viviendo de esa suerte no os hayáis vuelto loco!

— De hoy en adelante, continuó sin contestarme, tendré ocupaciones más agradables. Pensaré en vos, crearé veros, repasaré en mi memoria todas vuestras palabras y ademanes; observaré atentamente el estado de la atmósfera y diré á las nubes: ¡Idos á verter más lejos esa lluvia que hace resbaladizos los tejados! Y á los vientos: ¡Enfu-

receos hasta la noche, pero tan luégo como se ponga el sol, suspended vuestro soplo, para que mi amigo pueda venir! Y á las estrellas: ¡Brillad esta noche con todo vuestro esplendor, para alumbrar su camino! Y miraré con frecuencia mi reloj, y exclamaré: ¡Dentro de diez horas, de cinco, de dos, estará aquí! Y para engañar el fastidio de mis largas horas de espera me asomaré á la ventana, y tanto si os veo como no, haré que mis dedos os digan todas las locuras que me inspire mi imaginación.

Le he cogido las manos y le he dicho:

—Apreciado joven, escuchadme y fiad en mi experiencia. No le basta al hombre sentir; es una ilusión fatal vanagloriarse de llenar con el corazón el vacío del tiempo. Si puede procuraros algunos goces la tierna y fiel amistad que os he consagrado, jamás ésta logrará colmar toda vuestra existencia. No os exaltéis, sé lo que digo. Hoy, tiene para vos esta amistad el encanto de la novedad y como un aire de aventura que arrebatada é inflama vuestra imaginación. ¡Pobre incrédulo, tocado súbitamente por la gracia, desconfiad de las añagazas y de los artificios del entusiasmo! Los descreídos conversos se vuelven supersticiosos con mucha facilidad. ¡Ah! no vayáis á alimentaros de aire y de quimeras, ni á soñar felicidades imposibles. Cayendo de vuestras nubes sobre la realidad, me acusaríais de vuestras decepciones... «¿Así me cumples tus promesas?—me diríais.—¡Ah falso profeta! ¿dónde está la felicidad que me ofreciste? ¡Ay! Ardo en una sed que no puedes apagar, y preveo que, con todas tus tretas no podrás curar las arideces de mi vida, ni de mi alma...» ¡Ah! ¿decidme por favor, si alguna vez usarais conmigo ese lenguaje, vuestras quejas, vuestras recriminaciones, vuestras exigencias, mi imposibilidad de satisfacer tales aspiraciones, no serian bastantes para amargar nuestra amistad, trocándola en pesada y enojosa carga, y en manantial de tormentos y disgustos? ¡Conjúrote, niño, que no imites al salvaje que prosternado ante su sacerdote, dila-

ta su alma en idolatrias y esperanzas insensatas, y al día siguiente le cruza á latigazos y le ultraja echándole en cara sus imposturas y sus mentiras! ¡Pobre loco! ¡tu ciego furor se equivoca en el objeto, porque el impostor eres tú mismo, tú que formas á tu antojo ese dios, cuyo solo crimen es no ser!

Al oír estas palabras, dirigió una furtiva mirada á las imágenes de los Santos, luégo bajó la cabeza suspirando. Yo continué:

—Tarde ó temprano llegará el momento en que deberéis reunir todas vuestras fuerzas para vencer ó desarmar á vuestro destino. Entonces, en pié á vuestro lado, combatiré por vuestra causa; pero, sin vuestro concurso, nada podré; de vuestra sabiduría y de vuestro valor dependerá la victoria. ¡Preparaos pues desde hoy á ese gran combate, á fin de que cuando haya sonado la hora podáis hallaros sano de cuerpo y alma! Esteban, Esteban, no lo olvidéis: la fuerza es la salud, ésta la tranquilidad, y la tranquilidad el dón precioso que dota á un corazón firme de una razón madurada por la reflexión y el estudio. Ejercitad y alimentad, pues, vuestro espíritu, y llegará día en que os sintáis fortalecido y reanimado súbitamente por fecundo soplo. Si rehusáis á vuestra inteligencia el alimento que reclama para no debilitarse y extinguirse, si, despreciando mis consejos, os obstináis en no vivir más que por el corazón, si á fuerza de aborrecer y de amar os olvidáis de pensar y reflexionar, entonces, temo que os veréis condenado para siempre á estériles agitaciones, á esas fiebres que consumen el alma y á la incurable impotencia de la voluntad.

Su rostro adquirió una expresión de tristeza, y parecióme que brillaba una lágrima en sus pestañas.

—¡Ah!—dijo—¡cuánto mejor hablabais el otro día. «En este pecho, en este corazón que aquí veis—me decíais—os traigo un rayo de sol; bebed en él la luz y el calor, y os juro, hermoso lirio mio, que acabaréis por florecer bajo

las miradas de la eternidad!» Ya veis que tenía razón al ponderaros mi memoria; es fiel y tenaz, cosa que no deja de ser embarazoso para los que hablan bien y se desmienten sin pudor de un día á otro.

—¡ Oh! dispensadme—le he contestado—de nada me desdigo; pero, puesto que vuestra memoria es tan exacta, ¿no recordáis que no os hablé sólo de la luz del sol, si no también de los jugos nutritivos de la tierra? Indudablemente, el calor es el que anima y hace brotar los gérmenes; pero las plantas no se nutren de sol; los rayos celestes son excitantes que despiertan en ellas secreto apetito de vida.

Mucho me equivoco, ó la verdad de mis palabras le causó una impresión que procuró ocultar cuidadosamente. Empezó á recorrer la estancia con aire decidido y provocador; luego, deteniéndose ante mí y cruzando los brazos:

—¡ Ahora descubro—me dijo—que el rondador nocturno y el *otro* son inseparables!

—¿Y todavía no os habéis reconciliado con el *otro*?

—Ya no le injurio, y esto debe bastarle. Todo mi afecto es para el héroe; el pedante sólo tiene derecho á mi tolerancia.

—¡ Pues bien! ya que toleráis al pedante, tolerad también sus impertinentes preguntas y os ruego que contestéis á ésta: ¿No tenéis algunos libros en este aposento?

—¡ En eso le reconozco!...—exclamó.—¡ Libros! libros! si por cierto, tenemos el gusto de poseerlos. Mirad, ved ahí un armario lleno; pero os prevengo, que no he leído ninguno.

Abrió el armario que me señaló con el dedo. ¡ Dios mío! ¡ qué extraña biblioteca! Supongo que el conde ha amontonado en ella todos sus libros de desecho con otros no tan despreciables, que no ha tenido ocasión de consultar. De en medio del horrible desorden en que yacía aquel empolvado revoltillo, saqué una *Historia universal* en holandés formando cuatro tomos en fóleo, las *Obras completas*

de Paracelso, una *Gramática* zenda, un tomo truncado de la *Biblioteca histórica de Francia* del padre Lelong, la *Bibliotheca mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricius, las *Obras* de Muret... y qué sé yo qué más? También ví algunas obras de historia en francés y un manual de botánica. Daba yo principio á mi escrutinio, cuando Esteban, con el rostro encendido, se acercó á mí y mirándome con chispeantes ojos:

—¡ Médico de mi alma—me dijo—prescribeme todos los medicamentos que te plazca, pero no me hables de leer, porque me dejaré matar antes que obedecerte!

—¿ Luego odiáis mucho los libros?—le dije contristado.

—En mi infancia era un lector infatigable—contestó.—En la Martinica todavía devoré, más bien que leí, muchos viajes pintorescos, algunos clásicos franceses y todas las tragedias conocidas, y de todo eso algo guardo todavía por desgracia en la cabeza; pero de tres años acá, ó sea desde el día en que empecé á reflexionar, siento horror por los libros.

Y acalorándose cada vez más:

—¡ Oh! ¡ sí, creedme! los odio y los odiaré siempre con toda la fuerza de mi alma.

—¿ Y por qué?

—¡ Ah! ¿ quieres saber por qué?...

Y soltando la rienda á su fogosidad:

—Los odio—exclamó con voz ahogada por la emoción—los odio porque son la delicia de mi padre que me odia, y porque me han suplantado para siempre en su corazón! ¿ Me haréis ahora el favor de comprenderme? Mi padre no es de mármol ni de bronce; es de carne y hueso como nosotros. Tal vez hay momentos en que sintiéndose fatigado y triste, busca en derredor suyo á alguien á quien amar, acariciar y estrechar entre sus brazos, tal vez se acuerda entonces de que tiene un hijo, y de que un hijo es una de esas cosas que un padre se complace en amar, acariciar y estrechar contra su seno... porque, en fin, eso se ha visto,

¿no es verdad? Eso no es contrario á la naturaleza, ó si es un milagro, ¿no se ha operado algunas veces?... Pero tan luego como le ocurre algo y siente que su corazón se ablanda y se derrite en su pecho, ve sus libros, sus queridos y adorados libros, abre uno, se abisma en su lectura... Y entonces, ¡adiós fatiga! ¡adiós tristeza! ¡adiós el recuerdo de su hijo! Vedle ya contento, nada falta á su felicidad; y sus manos, hojeando orgullosamente los escritos, olvidan que, poco há, buscaban, á tientas, una cabeza rubia cuyos blandos rizos ansiaba ensortijar en sus dedos... ¡Y aún hay más! Hay momentos también, y pongo al cielo por testigo, en que se siente dominado por una secreta turbación pensando que no lejos de él, en su misma casa, hay un sér á quien su frialdad, su aspereza, su desprecio, su helada sonrisa, su crueldad y sus injusticias, sublevan y desesperan, un sér que sufre, que se desconsuela, que se desgarrá el corazón... Y entonces oye, como un suspiro ó como el eco de un sollozo que llega hasta él á través del espesor de las paredes, y á pesar suyo se estremece, y siente en el fondo de su alma no sé qué parecido á un remordimiento... Pero de pronto se presenta á sus ojos su libro... ¡Adiós turbación, adiós arrepentimiento! Llore su víctima tanto como quiera, el llanto no llegará á sus oídos. Está muy lejos, viaja, se halla en Roma, en Bizancio, está al otro lado del Océano, en las nubes! ¿Acaso los quejidos de un niño pueden llegar á tal altura?... ¡Y me preguntáis por qué no me gustan los libros! ¡Ah! ¡los aborrezco con toda mi alma! ¡los odio como la muerte! ¡Los odio porque él los ama con furor, porque son su enfermedad, porque endurecen y secan su corazón, porque le causan supremo deleite y en él anega sin vergüenza y sin pesar la felicidad de su hijo y sus entrañas de padre!

Al pronunciar estas palabras cogió, fuera de sí, algunos de los libros que yo había escogido y arrojándolos al suelo, se puso á patearlos con furor. Procuré calmarle; acabó

por entrar en razón y recogiendo los libros arrugados y estropeados los echó dentro del armario, cuya puerta cerró guardando después la llave en el bolsillo.

—Siendo así—continué, sentándome de nuevo—no volveré á hablaros más de lectura; pero, decidme: ¿no tenéis absolutamente ninguna predilección, ningún gusto, ningún pasatiempo predilecto?...

—Antes amaba con delirio el dibujo. Hace tiempo que el padre Alejo me dió algunas lecciones. Yo dibujaba de capricho ó copiaba del natural. También empezó á enseñarme á pintar y llegué á hacer algunas acuarelas. Todavía tengo ahí mis lápices, mis pinceles, mi paleta y mis colores; pero no los toco. De mucho tiempo acá no sentía gusto por nada...

Dicho esto, sacó del fondo de un arcón una gran cartera llena de dibujos y la abrió en mi presencia. No pude contener un grito de alegría y de sorpresa. Aquellos dibujos en su mayor parte eran bosquejos; pero reconocí en ellos, á la primera ojeada, facilidad de ejecución, flexibilidad, un gusto delicado, el sentimiento de la composición y de las proporciones, instintos de artista, los gérmenes del verdadero genio...

—¡Estamos salvados!—dije entre mí.

Entretúveme contemplando una cara de mujer en tres colores.

—Es el retrato de mi madre—me dijo;—y se humedecieron sus ojos... Le he dibujado millares de veces copiándola de un medallón que llevo debajo de la blusa y que es una obra maestra...

Sacó de su seno el medallón de oro y lo puso ante mi vista. No pude menos de reconocer la semejanza de la madre y del hijo: semejanza en algunos rasgos, se entiende, porque las fisonomías difieren bastante. El rostro melancólicamente placentero de la condesa Olga parece decir: «Encargáos de querer por mí, no respondo de nada...» Si, en aquel semblante, hay algo *irresponsable*. Vi también

en la cartera algunas acuarelas ejecutadas con mano segura y ligera á la vez, y luégo no sé qué composición fantástica, de diablos entrelazados, cabezas de muerto... Pasé adelante, y tropecé con un papel largo, lleno de caricaturas dibujadas á pluma. Reconocí al padre Alejo y á Iván en toda clase de posturas y actitudes representando entre sí escenas grotescas. Experimenté una impresión grata al ver que su padre no aparecía entre aquellas figuras. Al respaldo de la hoja, leí esta inscripción escrita en letras mayúsculas: «El más tonto de los ratones de Holanda en su queso...» El queso era un pesado libro en folio, y el ratón... ¡Ah! ¡Dios mío! el ratón tenía una cabeza humana, y la cara se parecía tanto á la de un amigo mío muy íntimo...

—Sí, soy yo mismo—le dije riendo.

Esteban miró por encima de mi hombro y se ruborizó.

—¿Qué estáis mirando?—exclamó.

Y arrancándome la hoja de la mano, la acercó á la lámpara y la arrojó al aire encendida á riesgo de prender fuego á las cortinas. Después, dando palmaditas:

—¡Me ocurre una idea! Puesto que queréis que trabaje, voy á ocuparme en hacer vuestro retrato. Os representaré tal como os ven mis ojos, desde que operasteis mi catarata, ó mejor dicho, mi lápiz se ocupará en reproducir al héroe, al rondador nocturno, al hombre del sobretodo. En cuanto al pedante, que se encargue de él quien quiera!

—Ya hablaremos de eso más adelante—le contesté—no hay por qué apresurarse.

Y después de haberme tomado tiempo para reflexionar:

—También tengo yo mi idea. ¿Os agradan las flores y la pintura? Pintad un herbario.

—Y eso ¿qué es?

—Aquí tenéis una hoja de papel. Pintad en él, á la aguada, una colección de todas las flores de este país, al menos de todas las que descubráis en vuestros paseos. Si no sa-

béis sus nombres, yo os los enseñaré, ó los buscaremos juntos.

—Con tal de que los libros no sean de la partida.

—Prescindiremos de ellos, en cuanto quepa. Reuniré todo mi saber para contaros la historia de esas lindas flores pintadas; os hablaré de sus familias, os enseñaré á clasificarlas; en una palabra, os haré partícipe de lo poco, muy poco, que sé de botánica...

Hizome algunas objeciones absurdas, entre otras la de que encontraba en las flores de todos los campos y bosques de este país, un aire rastroero y servil; y luégo esto y lo otro y lo de más allá, expresándose con viveza y jovialidad.

—Caballito desbocado—dije entre mí—te enseñaré la botánica y á no romper el freno!

No obstante, no he podido recabar de él una promesa positiva.

14 de Julio.

¡Victoria! Á fuerza de machacar, he conseguido meter en esa cabeza rebelde la idea del herbario pintado. Pero me ha impuesto condiciones. Consiente en pintar sólo las flores que haya cogido por mi mano y que le lleve á su aposento. Después de algunas disputas, he tenido que ceder.

—¡Ah!—le he dicho;—procurad vos coger también algunas, porque de lo contrario, Iván...

Domingo, 15 de Julio.

Hoy, después de comer, he dado un gran paseo por el bosque. He conseguido reunir algunas labiadas, ortigas muertas, la consuelda menor, la germandrea silvestre. Mientras hacía mi recolección, oí el trote de un caballo... Era él, con un haz de yerbas y flores en la mano. Iván,

que según costumbre, le seguía á diez pasos de distancia, me miró de lejos con aire inquieto: sin duda temía que me uniese á ellos, pero al llegar á diez pasos de distancia Esteban, volviendo la cabeza, lanzó su caballo al galope. Iván, al pasar, me dirigió una sonrisa de piedad triunfante. Sencilote Iván, ¿no has oído que nuestras almas se hablaban?

16 de Julio.

Ayer le llevé mis labiadas. Después de unas cuantas frases cortadas he procurado detallarle del mejor modo posible los caracteres de esta interesante familia. Me escuchaba por complacencia. Con el tiempo, me escuchará por curiosidad... tanto más cuanto que, sea dicho *inter nos*, no soy un maestro pesado, pero no me atrevo todavía á interrogarle socráticamente. Al concluir la lección, ha querido comenzar su herbario en mi presencia. Los honores de la primacía los ha obtenido la germandrea; sus blancas boquillas finamente picadas y el porte delicado del tallo le agradaban, en tanto que hallaba las otras flores *extremadamente* vulgares, y pronunciada por él, la palabra *extremadamente* es de las más expresivas. Mientras que él bosquejaba al lápiz, le he contado tres historias, un cuento de hadas, una anécdota de Plutarco y algunos rasgos de la vida de san Francisco de Asís. El cuento de hadas lo ha escuchado sin pestañear ni despegar los labios, pero las dos relaciones siguientes le han hecho levantar la cabeza más de una vez...

—¿Es cierto lo que me decís?—exclamó.—¿Apostaríais la cabeza?

Y cuando llegué al pasaje de san Francisco abrazando al leproso:

—¡Oh! ¡En eso hay exageración!

Luégo, dirigiéndose á san Jorge:

—En conciencia, decidme: ¿habríais hecho otro tanto?

Ha concluido por ponerse alegre y bromear. Me ha suplicado que le cantara una cancioncita y yo he tarareado el *Cadet Roussel*, que le era desconocida; los *Tres cabellos* le han hecho reír hasta derramar lágrimas, pero ha pagado caro este exceso de jovialidad. Cuando me disponía á partir, se ha visto acometido por un acceso de llanto y me ha costado gran trabajo consolarle. Por lo tanto, me he arrepentido de haberle conmovido demasiado. Debo cuidar de sus nervios, no ponerle nunca en un estado de ánimo que contraste con las realidades de su vida. Á toda costa, hay que evitar ciertos desengaños.

17 de Julio.

Anteayer, mientras dibujaba, le he contemplado á mi sabor. ¡Qué finura de rasgos! ¡qué pureza en las líneas! Si yo fuese pintor ¡qué buen partido sacaría de ese rostro! No encuentro en él nada que reprochar, como no sea la boca que me parece demasiado pequeña. Cuando está de mal humor le da un aire duro y afectado, pero en cambio cuando se le quita el ceño, las sonrisas se aglomeran, se precipitan, como si les faltara tiempo para salir; las comisuras de sus labios se levantan y retuercen ligeramente con una gracia picaresca y singular. En cuanto á los ojos, son propiamente los de su país: color gris de hierro y sin mucho brillo, por sí mismos; pero en cuanto los anima la pasión, echan chispas, centellean. Lo que me choca, es que á pesar de su destino, su semblante no ha perdido nada de su juventud. Sus mejillas y el contorno de su barba son de un niño. Pero en su palidez se trasluce el sufrimiento, en la red de azuladas venas que se dibuja en sus sienes, en sus manos algún tanto secas, y cuya delgadez no corresponde á su edad. Y luégo, habitualmente, cubre su rostro una especie de velo, parecido á esos vapores semitransparentes del otoño que envuelven entre sus flotantes gasas el contorno de las colinas. Cuando, por un